UN FUTURO EN COMÚN

Chus Martínez

Resulta muy complicado realizar una evaluación de la «presencia» del arte español contemporáneo en Sudamérica y América Central. Mi percepción personal es que realmente hace falta dejar a un lado categorías de «representación» cultural, poner entre paréntesis el deseo de estar presente en otros. Mostrar arte español en otros continentes está justificado como el resultado de un proceso, no como una meta en sí misma. Los programas debieran olvidar por un momento los tópicos del tipo «encuentro entre culturas» y ahondar en un estudio destinado a establecer otros vínculos.

De las colaboraciones con profesionales de Centroamérica, Sudamérica y Brasil se destila un interés por entender mejor la vinculación entre arte y sociedad, presente y pasado, así como por descubrir formatos y modos de trabajo que hagan posible estructuras viables, sostenibles y capaces de relacionarse con lo que llega del exterior. Enseñar por enseñar no es la cuestión.

Entender mejor en qué punto compartimos problemas o somos capaces de esbozar propuestas encaminadas a pensar los futuros de la cultura, aquí y allí, es una de nuestras metas. Muchos artistas e iniciativas al otro lado del Atlántico gozan de una gran visibilidad en Europa y Norteamérica, así como de un especial respeto porque se han constituido de forma independiente. A menudo, las políticas destinadas a fomentar el intercambio no son capaces de ver más allá de la «cultura oficial» un horizonte insuficiente a la hora de plantearse en serio qué podemos aportar y qué podemos aprender del trabajo en común.

La presencia de arte español sigue siendo, con excepciones, una prioridad política y no cultural. La invitación a los artistas a presentar su obra, independientemente de la calidad de la misma, responde a una cadena errática de decisiones y no al diseño de líneas de actuación y al establecimiento de prioridades fruto de la investigación. Al tiempo que la aceptación por parte del centro receptor tampoco puede leerse como la expresión del deseo de acoger el proyecto, sino como la necesidad real de liberarse de la carga económica que supone la producción de una exposición.

Sería interesante investigar con quién querrían trabajar los diferentes estamentos que conforman el inmenso e interesantísimo panorama del continente. ¿Son comparables las vidas culturales de los diferentes países? ¿Son equiparables las estrategias de trabajo? ¿Es posible asumir que una parte del intercambio radica en el desarrollo común y no en la afirmación de España en los diferentes contextos?

Hasta ahora las plataformas de trabajo más productivas son aquellas en las que primero se otorga el beneficio de un primer tanteo entre aquellos que hacen posible el tejido cultural para determinar cómo pensar un proyecto en común. Eso implica becas, residencias, la posibilidad de actuar con espacios e iniciativas independientes, así como universidades y foros en red, tantos y tan audaces. La verdadera presencia del arte español en cualquier contexto sólo es posible como el fruto de un trabajo que se esfuerce en entender qué diferencias puede provocar la presencia de un artista, un crítico o un comisario en dicho contexto.

Estar presente significa negociar con las condiciones específicas del aquí y del ahora, asumir la responsabilidad de proyectos con más dimensiones que la expositiva. Escuchar, ver y releer la historia reciente de las instituciones y los movimientos culturales en común es un modo de estar sin imponer, sin «proyectar» la imagen de España en el exterior, sin comprar o vender, puesto que las miras y las metas son otras. A mi modo de ver, nos queda mucho por andar en esa dirección, aun estando oficialmente muy presentes. ■

Chus Martínez es directora del museo Frankfurter Kunstverein.